

Reseñas

CARLOS ARRIOLA, *Ensayos sobre el PAN*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1994, 349 pp.

Como sugiere Rafael Segovia en la Introducción, el pensamiento y la praxis de la derecha en México han permanecido en una recurrente penumbra, un poco por el estigma que, desde el siglo XIX, arrastra el pensamiento conservador, y un poco por el copamiento del espacio político real e imaginario que detentaban los herederos de la Revolución. Esta hegemonía de un difuso centro político tiene un reflejo vivido en los intereses académicos: escasos investigadores han buscado luz sobre el ejercicio del poder en los rincones procelosos de las derechas y las izquierdas. Hoy, sin embargo, de manera muy oportuna, uno de los contados historiadores de estas vertientes publica esos ensayos sobre el PAN que, sin pretender constituirse en una historia oficial, hurgan con diligencia y amplio acopio documental las principales etapas de la biografía de este partido.

El libro de Carlos Arriola es una adecuada combinación de narración episódica y análisis político e ideológico del PAN, que abarca desde su génesis en los años cuarenta hasta su actual ascensión y poderosa beligerancia en la geografía mexicana del poder. Se trata, en este sentido, de la historia no sistemática de un partido de oposición que es, también, la historia paralela de la lenta mutación de un régimen político. Apasionante como fragmento de lo que podría ser un recuento de las ideas políticas en México, capaz de observar más allá de la esfinge porosa del nacionalismo revolucionario, el libro de Arriola incluye acercamientos privilegiados a los pleitos y rencillas caseras, a esa política viva que, a partir y más allá del evangelio de Gómez Morín, da cuerpo al conglomerado de intereses y aspiraciones que conforman al PAN de carne y hueso.

De acuerdo con esta intención, *Ensayos sobre el PAN* está dividido en tres partes: la primera establece un valioso contrapunto entre el cuerpo de la doctrina original del PAN y los gérmenes del llamado neopanismo que culmina con el cisma de 1975; la segunda parte caracteriza al neopanismo triunfante, aborda su génesis en la politización empresarial de los años setenta y primeros de los ochenta y observa su momento cumbre en la briosa campaña de Clout-

hier; la tercera alude a la más reciente crisis de identidad del PAN, marcada por la disputa entre sectores fundamentalistas y modernizantes del partido que culmina con el éxodo de los miembros del llamado Foro Democrático.

Como señala el autor, en un tiempo de caudillos, el PAN, gracias al afortunado ayuntamiento entre el conservadurismo laico de Gómez Morín y la vena católica de González Luna, surge como alternativa liberal y humanista más parecida a un verduguillo moral que a un auténtico partido. Así, constituido en una fuerza reactiva a la política de masas, el abanico ideológico del PAN, con evidentes ecos del catolicismo progresista de la época, como apunta Arriola, se caracteriza por la alta estima del concepto de persona, la negación de la lucha de clases, el esbozo de límites y contrapesos al poder del Estado, y la defensa mesurada de la propiedad privada. El diferendo con el cardenismo en apogeo es evidente tanto en la imagen de la *polis* (para el PAN una asociación de hombres libres e iguales; para el cardenismo una arcadia corporativista), como en la concepción del sujeto político (para el PAN un individuo dueño de albedrío y potestades morales susceptible de elegir o aprender a elegir; para el cardenismo una masa informe y esencialmente bondadosa a la que habría que moldear).

No obstante, desde las primeras aperturas del sistema político mexicano, el PAN se ha debatido entre su inicial radicalismo cívico y las necesarias cesiones y concertaciones de la política realmente existente. De este modo, si en los primeros tiempos se privilegiaba la militancia confesional y la prédica moral, el partido ha presenciado la incorporación paulatina de cuadros más pragmáticos y menos ideológicos, y esa convivencia no siempre ha sido fácil. El característico sermoneador cívico se convirtió cada vez más en un líder carismático y práctico que, utilizando el capital del partido, podía tener una actitud mucho más abierta a pactos y alianzas entre diversas fuerzas políticas y sociales. La dicotomía entre los distintos proyectos políticos y la naturaleza de los militantes se haría evidente en la célebre escisión de 1975, que evitó la postulación de un candidato panista a la presidencia y que, de paso, se convirtió en una de las crisis de legitimidad más graves del sistema político mexicano.

Tras el enfrentamiento interno de 1975, que propició un revés electoral para el partido, se asistió a una recomposición ya casi definitiva de las bases y los cuadros panistas. Este cambio de piel del animal político panista en los años setenta y ochenta fue provocado tanto por la resquebrajadura de la alianza tácita entre el Estado y los empresarios como por el profundo cambio en la composición genética de la sociedad mexicana.

Hasta 1970, la relación de mutua conveniencia entre el Estado y los empresarios no había tenido altibajos graves. Por un lado, el Estado promovía medidas favorables al capital y contenía adecuadamente las demandas salariales; el empresario, a su vez, aceptaba la ambigüedad y bajo perfil de su posición política institucional. Este apacible entendimiento sufrió un profundo cambio a partir de 1970, merced a la alta temperatura de la política echeverrista, y terminó en rompimiento cabal en 1982, con la nacionalización de la banca decretada por José López Portillo. Pero los gobiernos de 1970 a 1982

no sólo desembocaron en una crisis con los empresarios, el declive del atractivo y la funcionalidad de los símbolos unitivos del nacionalismo revolucionario, sino que el surgimiento de un electorado ajeno a los cascarones corporativos y la escasez de opciones partidistas dotaron al PAN de un inusitado atractivo electoral, aprovechado por nuevos actores políticos. Así, en estos años el partido aumentó su membresía con empresarios y reclutó nuevas simpatías entre ciudadanos inmunes a las anatematizaciones de la derecha.

El nuevo rostro del panismo, que abandonaba la imagen del apostolado cívico para convertirse en agresiva alternativa de gobierno, se hizo ostensible con la ascensión a la candidatura presidencial de Manuel Clouthier, quien, aunque relegado a un tercer lugar por la sorpresiva irrupción electoral de Cárdenas, mostró una forma de ejercer la política muy distinta del perfil del panismo tradicional. El simplismo de Clouthier, sus bandazos de tono y de tema, su inconsistencia teórica eran parte de una estrategia en la que importaban menos las ideas y los valores que las apariencias, lo que ilustra cómo, de manera paradójica, la creencia en el papel de redención pedagógica del liderazgo (que casi siempre trae aparejado un menosprecio hacia la capacidad de elección democrática de las mayorías) se enquistó en un partido concebido como la alternativa institucional al cesarismo político de los años cuarenta.

Sin embargo, pese a la beligerante personalidad de su candidato presidencial, ante la coyuntura electoral de 1988, el PAN fue un partido que optó por el civilismo y la negociación para permitir la gobernabilidad del país. Esta virtud negociadora le ha dado sus mayores logros en el terreno del poder, como la obtención de gubernaturas y municipios, aunque también se ha convertido en uno de los temas más controvertidos según sus críticos. Ciertamente, la capacidad de concertación y transacción cupular de las élites panistas fue el principal argumento que esgrimieron en su contra un grupo de militantes inconformes con esta línea negociadora. El entendimiento con el gobierno agudizó las disputas que, por cuotas de poder y principios ideológicos, habían tenido lugar entre distintas corrientes del PAN, y polarizó las posiciones entre los partidarios del apego a los principios y el gradualismo de los dirigentes. Este litigio se llevó a cabo en diversas etapas, como la elección de la dirigencia del partido en el Distrito Federal en 1990 o la votación del COFIPE de 1991, y culminó con la final defección de influyentes militantes. Pasado este último parto, el PAN ha adquirido una identidad peculiar, en la que sus rasgos perennes: la intransigencia democrática y el conservadurismo social, por ejemplo, se han acompañado de una actitud conciliadora y de un aguzado olfato de poder.

Aportación destacada a la escasa bibliografía existente sobre partidos políticos y documento oportuno a la luz del año electoral, el libro de Arriola va mucho más allá de la coyuntura: así, tras la lectura de los diversos ensayos del volumen, es posible observar la historia del PAN como la de un partido doctrinario que, paulatinamente, va poniendo los pies en la tierra de un piso político democrático que, también paulatinamente, se va construyendo. Y, en ese tránsito, el PAN ha dejado de ser un templo político, refugio de eremitas, y se ha

convertido en un refectorio de intereses y tendencias diversas, con todas las virtudes y defectos de un partido político moderno, que concibe la democracia no como un modelo de virtud o expiación, sino, solamente, como la forma de gobierno menos dañina.

ARMANDO GONZÁLEZ TORRES